

La Calle

Las enseñanzas de Don Juan
El espectáculo de todos los días

Por Miguel Angel
GRANADOS CHAPA

ANTES que el antropólogo Carlos Castaneda hiciera famosas Las Enseñanzas de don Juan, el célebre chamán yaquí, hubo otras "enseñanzas de don Juan", las que Antonio Machado —ese al que Joan Manuel Serrat puso en labios de mucha gente— recogió de don Juan de Mairena, su imaginario profesor pletórico de sabiduría, observador agudo de la vida sencilla y de la vida profunda, que tal vez son la misma cosa. Un día, Juan de la Mairena pide a uno de sus alumnos que escriba una frase en el pizarrón. El muchacho, con la pedantería de sus años, pone: "Los sucesos que acontecen en la rúa" (o cosa parecida, ya que citó de memoria). Mairena le pregunta qué ha querido decir. Y el escolar explica: "Lo que pasa en la calle". Pues así dígalo, recomienda el profesor. (Pasa a la Página 2)

La Calle

(Viene de la primera Página)

Eso es lo que diremos aquí. Lo que pasa en la calle. Hablaremos del inmenso, del infinito espectáculo de la vida callejera, al que todos estamos invitados, del que todo participamos. En las atestadas avenidas, calzadas, callejones de la ciudad de México puede verse de todo. Y transitando por ellas se llega a los recintos públicos, al teatro, a la sala de cine, al lugar donde se canta, se baila, se bebe, se come, donde simplemente la gente se encuentra. De todo eso hablaremos dos veces por semana, con el permiso de los editores que ya lo concedieron y por eso estamos aquí; y con el permiso de los lectores, que espero irán otorgándolo al paso de los días, cuando nos encontremos en estas páginas.

Si se me da otra licencia, recordaré que no es la primera vez que contribuyo con mis cuartillas a la confección de CINE MUNDIAL. Entre julio de 1977 y septiembre de 1979 apareció en estos espacios la Plaza Pública, una columna diaria dedicada a la política que ha encontrado después, bendecida por su nacimiento en este Diario Diferente, en lugar en otros periódicos y un sitio entre las preferencias de los lectores. lo que haremos ahora aquí sin embargo, tendrá otro signo, otro contenido, otro propósito. A veces, como es natural, hablaremos de política también, en la medida en que ocurrirá en La Calle, que debiera ser su ámbito natural aunque casi nunca lo sea, pues uno de los males de nuestra vida pública es que no es pública, sino asunto de pocos, proque esos pocos así lo quieren y porque los muchos toleramos que así ocurra.

En estos luminosos días de enero, La Calle nos ofrece espectáculos que van de lo patético a lo cómico. Desde algunos puntos de la ciudad, por ejemplo, hasta se pudo presenciar un inmenso incendio forestal. las lenguas de fuego parecían lamer las faldas del Ajusco, la montaña de la localidad, un cerro que pidimos (¿podemos todavía? ¿debemos?) hacer símbolo nuestro, como lo hicieron los regiomontañeros con el de la Silla. La humareda producida por la quemazón se extendió por el sur, confundida con las nubes sucias del smog que se levanta tarde, por las mañanas, como los niños que ya se acostumbraron a entrar a clases a las diez. habrá que ver cuánto esfuerzo costará a sus padres devolverlos a partir del 16 de febrero a la costumbre de iniciar la jornada escolar a tiempo para llegar otra vez a las ocho, luego de esta especie de recreo involuntario que ha sido el horario nuevo.

La televisión, la radio, los discos, que son como prolongación de la calle, como una intromisión de lo público en espacios privados, también estarán presentes en esta columna, proque forman parte del ambiente en que el hombre de la calle —usted, yo— ve y siente cómo se nos va la vida.